

Los extranjeros

1- El concierto de colonia

Todo comenzó de repente. Simplemente una cosa llevó a la otra y ahí estábamos, 20 años después, sobre un escenario. Era el triunfo de un sueño adolescente y ello en un sentido mayor si, como dicen, un adulto no es más que un adolescente disminuido. Dos chicos del conurbaneros, como el mismísimo Jarrett, frente a la audiencia más selecta que jamás hubiéramos fantaseado. El hombro transpirado de Dony, tan estremecedoramente familiar, desnudo por la musculosa negra, en suave balanceo y bañado por el fulgor violeta de la iluminación del Opera Köln. Su brazo desnudo dejaba ver un Goku deslucido ya pero con la sonrisa de niño intacta, volando con su nube por el cielo diáfano de los sueños de juventud. Claro que ahora parecía indescifrable, gastado por los elementos, sepultado bajo un enjambre de pelos, como esos templos perdidos devorados por las junglas del tiempo.

No era poco y quizás a eso se reduzca toda la intimidad a la que nosotros, dos hetero masculinidades en la medianía de edad, podíamos aspirar. Tocábamos juntos, no era poco. Tampoco necesitábamos mucho más. Nuestra amistad era auténtica, que se entienda bien: nos queríamos y respetábamos de verdad, pero, simplemente, nos habíamos vuelto capaces de prescindir el uno del otro. Y no sólo por mi tendencia a resolver la situación sentimental de encierro recurriendo a la traición más hartera, pues, el dogmatismo simplista y, en general, reaccionario de Dony lo volvía igualmente responsable. Sea como fuere, cuando Dony me miraba así, con su sonrisa de goku, sentía que todo había valido la pena.

Ni hablar cuando aquello se ponía a funcionar y montábamos capa tras capa el paisaje musical. Ahí, ya no importábamos como personas. Ni nuestro pasado ni el futuro importaban, quedábamos suspendidos en un presente dilatado y etéreo, moviéndonos en el tiempo, trazando una topografía interior, moviéndonos del punto A al B. Soldados de una causa común y trascendente, nos volvíamos portadores de una responsabilidad ancestral: la de lograr que las conciencias abandonen por un instante el encierro interior y se dejen llevar por el flujo, a la vez privado y compartido, de la música. Y así como el mensajero siempre viene de lejos, nosotros, los extranjeros, nos disfrazábamos de profetas postpunks, aunque no fuéramos más que un par de disidentes

del ambiente y ladrones del kraut. Eso, claro, y el beat, que sin él tampoco habiéramos llegado a ninguna parte.

Aunque la música siempre había estado no era el nuestro un destino inexorable. Al menos no el mío y ciertamente tampoco el de Dony, que agotaba sus días como empleado a tiempo completo en una agencia de deudores incobrables. A esa altura, había desarrollado una sólida carrera en el mundillo de estudios jurídicos de tribunales. No era abogado pero tampoco le hacía falta. Con su estampa recia y el cigarrillo entre los dientes, podría pasar por torturado investigador onda nordic noir. Aunque la coraza guardaba -como un tofi- un corazón dulce y algo empalagoso. La extrema adhesión que profesaba frente a sus sentimientos y preferencias lo blindaban de seguridad, pero, también, lo dejaban muy solo cuando los demás -y, en particular, las mujeres- no se acomodaban a la rígida estructura con la que Dony quería apresar el mundo y llevárselo a casa. Entonces se encerraba en sus 43 metros cuadrados de Paraná al 400, bajo persianas siempre bajas y se ponía a jugar a los jueguitos hasta olvidarse de todo, sobre todo de sí mismo. Sólo así se sentía en casa.

Es que Dony también padecía su super poder: poseía un sexto sentido para percibir la mala conciencia ajena, lo que lo volvía muy sensible a las fracturas en la incondicionalidad que exigía como condición irrenunciable de toda relación sentimental. Por eso también se le daba muy bien como cobrador de morosos incobrables y tan mal como miembro de un colectivo humano. Con todo, no podía achacársele a él la disolución primigenia de los extranjeros. Yo había aportado lo mío enamorándome de Laura y haciendo estallar todo por los aires en el que era, supuestamente, nuestro momento de despegar. Esa culpa, que había cargado durante largos años, parecía encontrar redención bajo la iluminación precisa y la acústica escalofriante de la Staatenhaus Saal 3. No era poco.

Podría decir, entonces, que de momento hacía música. Con todo, no deberían tomarse los eventos que tuvieron lugar en (la más pequeñas de) las salas del Opera Köln como la norma de mi carrera. Muy por el contrario, se trataba de un pico máximo e inesperado, salido casi de la nada, justo cuando mi vida profesional como compositor de música para videojuegos alcanzaba un amesetamiento tranquilizador y exasperante. Y es que ese triunfo también era un fracaso porque, a decir verdad, siempre había sentido un rechazo visceral por la idea de "ser músico", categoría en la que no me sentía encajar por pleno de derecho. Era uno de hecho, eso está claro, pero no estaba seguro de pertenecer al gremio si, como dicen, un músico debe ser primero un

instrumentista eximio para luego ser compositor. Yo, que siempre fui muy impaciente, sólo era lo segundo y apenas lo primero, cuando lo primero, dicen los que saben, es el sentido eminente. Mejor sería decir que había terminado siendo músico a fuerza de costumbre y punto. Que de eso vivía y ya, porque, en lo que a mí respecta nunca quise ser nada en particular y si a algo siempre le había escapado era a volverme una cosa, habiendo tantas otras.

Dicho esto, mi trabajo consistía en hacer música para videojuegos y, más específicamente, música para videojuegos retro: *retrogaming*, que así lo llaman. En sentido estrictamente laboral, se diría, que "no podía quejarme" aunque, por supuesto, yo no hacía más que hacerlo y replantearme una y otra vez no haber terminado la carrera de "desarrollador de sistemas" -como gustaba decir a la recepcionista de ucema- y teletransportarme desde Constitución al primer mundo sin escalas. Mirando el lado amable, sin embargo, ponderaba que trabajaba desde casa, no tenía horarios fijos y a veces cobraba en divisas -lo que en Argentina nunca es despreciable. También me rodeaba de bellas herramientas y, más que nada, me resguardaba de estar encerrado en una oficina de 9 a 17. Nada de ello implicaba que no fuera trabajador, por supuesto. Más bien, todo lo contrario. Desde muy pequeño había sentido "la llamada" y la había aceptado como tarea. En su consecución empeñaría todas mis fuerzas. El problema, claro, era que desconocía de qué se trataba el recado y, por tanto, cómo realizarla. Algo debía ser hecho -sólo eso sabía- pero no conocía cómo ni cuándo ni dónde y así. Era responder al llamado o el aburrimiento más pesado y agobiante, las tardes interminables del verano conurbano, viendo las franjas de luz proyectadas por la persiana de rollo sobre la pared de mi cuarto azul.

Pero más allá de la música, el trabajo y de la complejidad inherente a la persona que cada uno es, podría decir que era un hombre feliz o, cuanto menos, que me vida se parecía mucho a lo que yo mismo consideraría la de un hombre feliz: tenía una bella esposa a quien amaba y respetaba y un niño hermoso a quien amaba tanto que no me atrevería a dejar asentado la estimación de esa cantidad en palabras. Sin embargo, a fuerza de repetición, rutina y de la coexistencia material de la casa y el trabajo, las dos grandes regiones en que se repartía mi vida, tendían cada vez más a confundirse. Yo estaba ahí metido, día y noche, y pasar del trabajo al hogar, sin desplazarme en el espacio, sólo en mi mente, era una pirueta difícil y muchas veces impracticable. Me enredaba, entonces, en el círculo del tiempo doméstico: con la demanda infinita que me prodigaba

el niño, con la secuencia de comidas dulces, saladas, dulces y saladas; de preparación y limpieza, de orden, desorden y vuelta al orden, de trabajo y distensión para volver a trabajar. En fin, que me embotaba la repetición y si bien mi oficio era eminentemente creativo, bajo otro punto de vista me pasaba el día entero mirando la pantalla de la computadora y accionando teclas y perillas. Vista desde fuera, mi existencia parecía enredarse en los engranajes de la máquina de domesticación que había diseñado específicamente para someterme.

Entonces, cuando todo se cerraba sobre mí y las paredes del hogar más que guarecerme de lo exterior hostil se volvían los muros de un confinamiento autoinflingido, como hace cualquier animal enjaulado, procuraba huir. De ese agobio había nacido la idea de volver a tocar con Dony. Claro que bajo la mascarada de una "intervención terapéutica" que había diagnosticado como remedio eficaz para sus ataques de pánico -amparado en los conocimientos que emanaban difusamente de las 20 materias que exhibía en mi analítico de la facultad de psicología. Así había justificado ante Vera -y ante mi mismo- las escapadas nocturnas en bici por la ciudad desierta y sitiada por la cuarentena -cometer un delito federal para ayudar un amigo y hacer música en el mismo acto es un riesgo que siempre he estado dispuesto a correr. Pero, como dije, una cosa llevó a la otra y todo fue tan bien que terminamos haciendo una música que ambos creíamos incapaces de hacer o, mejor dicho, que sólo podíamos hacer juntos. Por supuesto que Vera comprendía mis *special needs* y aceptó, tiempo después, aunque bajo creciente reserva, que dejara el hogar familiar y me fuera un meso de gira por Europa con mi amigo de la adolescencia. ¿Qué podía salir mal?

Todo iba muy bien, sin embargo, y se pondría aun mejor o peor, si se juzga por los efectos. Porque si poder presumir de la cocarda del *köln concert* no fuera suficiente, la gira en general había arrojado unos resultados promisorios. Parecía que, finalmente, habíamos encontrado nuestro momento, que había una escena emergente esperándonos, esta vez, con los brazos abiertos, no como la otra vez. Pero no era sorprendente que formáramos parte de algo más grande porque, bien visto, eso siempre es así. Lo sorprendente era que, esta vez, la obra le importara a alguien más que a nosotros mismos.

- Herr Kühn, Guten Abend!

El tono suave y amable, elegido seguramente para no sobresaltarme demasiado, me encontraba en plena tarea de desmontaje: recogía mi equipo a toda velocidad para cumplir

con 15 minutos que la organización nos había pedido encarecidamente que respetemos para desmontar nuestro set. Bajo la ferrea mirada del empleado de la organización que más que ayudarme se limitaba a controlar el tiempo. Mientras, una batería era montada y pasaban cables de acá para allá. Aún sentía el corazón palpitante y la intensidad del concierto correr por las venas.

- Hans Rainer Held.

Se presentó, extendiéndome una mano cálida y una sornisa amplia, sincera, demarcada por un finísimo bigotillo.

- *Können wir auf Deutsch sprechen?*

- *Ja, natürlich!*

Respondí con una suficiencia inesperada y del todo exagerada porque, a decir verdad, era plenamente consciente de que no podía emitir oración que no albergara, al menos, un error de género o alguna declinación extraviada. Comprendía, sin embargo, lo que me decían y, en términos generales, me hacía entender. Durante mi primera juventud había dedicas largas mañanas de sábado a cultivar la lengua de Goethe en el instituto homónimo, en busca de una aproximación más íntima al mundo del kraut. Tampoco era mi primera vez en Alemania. De haberme encontrado en otras circunstancias -vale decir: no excitado y confundido por el concierto y por el vivo deseo de volver triunfante a casa y ser recibido por Noé y Vera como el conquistador que regresa-, de seguro no me hubiera dejado llevar tan facilmente por su sonrisa y habría ofrecido más reparos a su invitación lingüística.

- Quería agradecerle por el concierto, ha estado magnífico. Realmente, me ha encantado. Esas líneas de bajo tan rítmicas y contenidas; esas notas tan redondas. Y, por supuesto, los paisajes cósmicos, los...si me permite... estratos nubosos de sus teclados. Me ha hecho recordar mucho a *Cluster* en su disco con *Eno* pero con el *beat* progresivo de los *Tangerine Dream* de los primeros ochenta, de "Poland". ¡Y ese toque siniestro, levemente bailable! Me ha encantado, sí -y el "ja" más que una palabra era una exclamación de placer, un "ahhhh"- . Es como si... -hizo una pausa y me dirigió una mirada pícaro, complice, tanteando de antemano si hablábamos la misma lengua-, es como si Klaus Schulze pasara música en un antro regenteado por Simon Gallup. No creí que eso fuero posible, hasta esta noche.

Yo debo haberme quedado embobado, completamente atónito por las palabras que profería el hombre de camisa roja y corbata negra, con el cabello blanco peinada prolijamente hacia atrás, como un drácula bueno y paternal. Quizás haya respondido algo del tipo "gracias, gracias" o quizás no haya llegado a decir nada.

- ¿Este material está registrado ya?

- Sí, terminamos de mezclarlo antes de iniciar la gira pero, de momento, sólo está colgado en nuestro sitio.

- Claro, claro, pero los derechos de la música, ¿son suyos?

- Sí, sí

- ¡Ah! ¡Maravilloso! Si es así, tengo una propuesta para hacerles. Si tiene un momento...

Mientras el señor Held intentaba formular la que era, sin dudas, el más importante ofrecimiento de toda mi carrera, yo no me había detenido un instante, acosado como estaba por la mirada inquisidora del personal al que no le hacía ninguna gracia que estuviéramos de gran charla en medio de la transición. Held, por su parte, se mantenía imperturbable, como un hombre al que no le interesan esas pequeñeces mundanas. Seguía, entonces, desenchufando cables, depositando cuidadosamente en su estuche el tecladito midi, recogiendo nerviosamente el pedal, la compu, el adaptador...

- Perdón, perdón, sí, por supuesto, es que debo apurarme porque...

Ensayé una disculpa incómoda, avergonzado por mi involuntaria descortesía, me detuve en seco y le ofrecí mi rostro transpirado y al rojo vivo, como una tea ardiente empapada en combustible. Pero a Hans Rainer mi torpeza no le resultaba insultante. Todo lo contrario, le divertía, sentía que podía hablarme directamente, sin rodeos. Como si ya nos conociéramos y el intercambio verbal no hiciera más que confirmar una proximidad ganada de antemano. Cosa que, por otra parte, tampoco era tan extraño, si resulta que la música es un lenguaje tan universal como pretende.

- Déjeme ayudarlo, por favor - y se puso a recoger a mi lado, compasivo ante mi bochorno -. Mire -prosiguió- estamos organizando un ciclo llamado "Neue Kosmische Musik" en la WDR, una televisora regional pero de alcance

nacional. Se emite desde aquí, desde Colonia -abundó, didáctico, aunque yo sabía perfectamente qué era la *Westdeutscher Rundfunk* y su papel en la promoción del rock alemán-. Me gustaría mucho invitarlos a usted y a su compañero a grabar en los estudios de la emisora. Podría, incluso, repetir este mismo set o alguna variación de su preferencia. También podrían proyectar las mismas imágenes. ¡Qué le van tan bien a la música!

¿Qué decir frente a una oferta tan generosa? ¿Tan fuera de escala? ¿Tan inesperada y desbordante de confianza dirigida a dos desconocidos venidos del fin del mundo? Seguramente no lo que me salió a mí.

- Realmente me encantaría pero esta es nuestra última noche en Europa...

Lo que además de mentira -volvíamos en dos días pero no recordaba como se decía "pasado mañana" en alemán- era la respuesta más estúpida y ortiva, bien ganado me tenía el mote, que se podía ofrecer. Pero, bueno, a mí favor podría alegar la turbación mental que me aquejaba después de tocar y, claro, el rechazo defensivo que era mi respuesta natural frente a lo inesperado -aunque fuera desbordantemente bueno, como en este caso.

- Comprendo, claro, pero hay un bono de €5000 para los artistas que seguro puede ayudarlos a resolver todos esos pormenores. No será mucho tiempo más el que deban permanecer en Europa tampoco -esto ya cargado de ironía-, se lo aseguro: en estas fechas, ya todo el mundo parte de vacaciones y los estudios están vacíos. Sin dificultad podríamos conseguir una reserva para la próxima semana ¿Qué dice?

"Qué sí, por supuesto que sí, si nunca me pasó nada tan bueno. Gracias, sólo eso puedo decirle: ¡gracias! Toda los rechazos y las frustraciones vividas han valido la pena, usted me redime señor Held, no sé para nada quien es Usted, pero gracias, muchas gracias. Estaba seguro que estaba destinado a hacer algo pero no sabía qué y ahora lo comprendo todo". Eso debería haberlo dicho pero no pude: en el fondo, nunca dejé atrás al chico dark que calla cuando tiene que hablar y habla cuando es mejor cerrar la boca.

- Muchas gracias, sí, con mucho gusto lo haremos, señor Held. Gracias por la invitación.

- Llámeme Rainer, por favor.

- Un gusto, Rainer. Migue.

Le extendí mi mano, ofreciéndole una sonrisa plena, y él la tomó, pero, al parecer eso no era suficiente para expresar todo su entusiasmo y me besó una vez en cada mejilla, como lo hacen en España, y se retiró dejándome su tarjeta.

- Escribible a mi secretaria, Migue, cuanto antes mejor. *Ciao*, disfruten la famosa noche coloniesa. Bien ganada la tienen.

Busqué a Donny con la mirada, quería contarle las increíbles novedades, pero había desaparecido de mi vista, dejando como único signo de su presencia el bajo fuera del estuche, los pedales, los cables a medio meter en la mochila y la mirada desaprobadora de la organización.